

COLO

Se usa en Medicina para evitar la hemorragia en las heridas y en el tratamiento de los flujos crónicos. En las artes se emplea para la confección de los barnices comunes y para frotar los arcos de los instrumentos de cuerda. Llámase también PEZ GRIEGA.

=Tpos. her. hija de Erecto, rey de Atenas, á quien su padre sacrificó por la salud del Estado.

Colóidico: adj. Quím. denominación de un ácido amarillo, de naturaleza resinosa, soluble en el alcohol, poco soluble en el agua é insoluble en el éter. Se obtiene tratando la bilis por el ácido clorhídrico, y sometiendo la mezcla á la acción del calor.

Colom: Geog. isla del archipiélago Balear, prov. y part. marítimo de Menorca, de cuya capital está separada por un canal como de un tiro de pistola de ancho y poco profundo; su superficie es de 35,280 metros cuadrados.

Colombato: s. m. Quím. nombre de un género de sales formadas por la combinación del ácido colómbico con las bases salificables. Disolviendo estas sales con los ácidos sulfúrico, nítrico y clorhídrico, se precipita el ácido colómbico en forma de polvo blanco.

Colombia: s. f. Bot. género de plantas de la familia de las tilíceas, tribu de las grewieas, cuyas especies son árboles que se hallan en el archipiélago de la India.

Colombia: (REPÚBLICA DE) Geog. estado federal de la América con tres millones

COLO

quinientos mil hab., que se componía antes del virreinato de Nueva-Granada y de la capitanía general de Caracas ó Venezuela. Estaba dividida en 12 depart. Se constituyó en 1819. Diez años después se dividió en tres repúblicas independientes, á saber: Colombia ó Nueva-Granada, el Ecuador y Venezuela. Ningun otro país de América proporciona al comercio tanta variedad y riqueza en producciones del reino vegetal.

Colombiano: adj. lo que pertenece á Colombia ó á sus hab.—adj. s. el natural de Colombia.

Colómbico: adj. Quím. denominación de un ácido blanco, pulverulento, insípido, inodoro, casi sin acción sobre la tintura de tornasol, y poco soluble en agua. Se obtiene pulverizando los colombatos, fundiéndolos en un crisol de plata con dos partes de potasa, disolviendo el producto en agua hirviendo, filtrando el licor y echando un exceso de ácido clorhídrico.

Colombieres [BARON DE]: Biog. uno de los capitanes franceses mas bizarros del siglo XVI; hizo en Normandía una guerra encarnizada á los Católicos, y fué muerto defendiendo á San Ló en 1574.

Colombina: s. f. Quím. cuerpo cristalino, blanco, de sabor muy amargo, soluble en alcohol hirviendo, insoluble en agua y éter. Se obtiene tratando el extracto alcohólico de la raíz de colombo por el alcohol hirviendo, y su composición es desconocida, sabiéndose solo que no contiene ázoe. Fué descubierta

COLO

esta sustancia en el año de 1830.

Colombo: s. m. Ast. constelación de la parte meridional del cielo sit. cerca de la de Capricornio.

=Bot. raíz de varias especies de plantas del género *ecóculo* y especialmente del *ecóculo palmado*, que se emplea en Medicina como tónico.

=Geog. ciudad de las Indias Orientales inglesas, capital del gobierno de Ceilan y de la prov. occidental con 31,000 hab. En 1517 fué ocupada por los Portugueses; en 1703 la tomaron los Holandeses, y la conservaron hasta 1796 en cuya época se apoderaron de ella los Ingleses.

Colomer [JUAN BAUTISTA]: Biog. jesuita valenciano, poeta y autor dramático; n. en 1740, y m. en 1807: *Inés de Castro*; *Coriolano*; *Escipión en Cartago*, tragedias en verso italiano; *Hermenejildo*, tragedia en español; *Miscelánea*; *Poesías castellanas*.

Colomo: s. m. Med. distorsión de un miembro ó ineptitud del mismo para los movimientos.

Cólon: s. m. Anat. porción de los intestinos gruesos que desde el ciego se extiende hasta el recto y puede dividirse en tres partes: **CÓLON ASCENDENTE**, que ocupa el lado derecho por delante del riñon, y se une en ángulo recto al nivel de la vejiga de la bilis con el **cólon transverso**; **CÓLON ASCENDENTE**, que está situado en el lado izquierdo; y **CÓLON TRASVERSO** que se halla en la base del epigastro y toca por sus estremidades

en los dos hipocondrios, separando el estómago de los intestinos delgados.

Colon: s. m. parte ó miembro principal del período. Llámase perfecto, cuando por sí hace sentido, é imperfecto, cuando el sentido pende de otro miembro del período. También se dá este nombre á la puntuación con que se distinguen estos miembros.

Colon: (CRISTÓBAL) Biog. é Hist. *Mejico*. Descubridor del *Nuevo Mundo*. Al paso que la historia nos ha conservado menudas noticias de hombres insignificantes levantados del polvo por un capricho de la fortuna, ha dejado oscurecerse en el olvido cuanto concierne á los primeros años de la vida de Colon. Su hijo é historiador Fernando, que mejor que nadie pudiera habernos instruido, prefirió apuntar las opiniones ajenas sin declarar la suya propia. Los primeros capítulos de la *Vida del Almirante* son, como dice un escritor moderno, una mezcla hipócrita de altivez y de filofosía, que oculta mal el deseo de dejar traslucir lo que no hay ánimo para declarar abiertamente. Nada quiso decir con certeza acerca de la patria y padres de Colon, ni aun fijar el año de su nacimiento; y las mas laboriosas investigaciones de los modernos apenas han podido dar alguna luz sobre estos puntos, por la falta casi absoluta de documentos y testimonios contemporáneos. Más de diez lugares han reclamado la honra de haber sido cuna del ilustre descubridor: Génova,

COLO

Cogoleto, Bugiasco, Finale, Quinto, Neovi, Savona, Palestrella, Arbizoli, Cosseria, el Valle de Oneglia, el castillo de Cuccarro, la ciudad de Plasencia y Pradello, han legado derechos más ó ménos fundados. Esta cuestion debatida con todo el acaloramiento del patriotismo provincial, no ha llegado todavía á un desenlace satisfactorio; pero todas las probabilidades del triunfo están hasta ahora por la ciudad de Génova. Los contemporáneos de Colon le han llamado constantemente *genoves*; y aunque esta palabra pudiera servir sin violencia para designar al natural de cualquiera aldea ó caserío en los alrededores de aquella ciudad, parece que limitan su significado las expresiones del mismo Colon quien en la *Institucion del Mayorazgo* cuyo documento se conserva sin ninguna duda acerca de su autenticidad, dice espresamente hablando de Génova, *de allí saltó y en ella nació*. (Navarrete, Col. de Viajes, tomo II, págs. 228 y 232). No ha bastado este testimonio para que los otros lugares renuncien á sus pretensiones: Cogoleto en particular muestra aún á los viajeros la supuesta casa del descubridor, especie de cabaña en la orilla del mar, donde se lee, entre otras inscripciones, este hermoso verso latino:

"Unus erat mundus; duo sint, ait iste, fuere."

Todavía en estos últimos años y cuando la cuestion parecia ya terminada, ha venido á aumentarse el número de los pretendientes: los perió-

COLO

dicos de Francia anunciaron el hallazgo, nada ménos que de la partida de bautismo de Colon, nacido segun ella en Calvi, ciudad de Córcega; pero como no ha vuelto ha hablarse de tan importante descubrimiento, que seria preciso resultase probado de la manera más indudable para ser digno de crédito, podrémos dispensarnos de dárselo, relegándole á la categoria de las fábulas inventadas diariamente en aquel país para saciar la curiosidad de los lectores, y halagar la vanidad nacional.

Si aún permanece incierta la patria de Colon, es todavía más dudoso el año de su nacimiento. Las diferentes combinaciones que se han hecho dejan una incertidumbre de *veinticinco años*, nada ménos. Tantos son los corridos desde 1430, que es el año que resulta de los datos combinados del P. Casas y de P. Mártir de Angleria [no Ramusio, como dice Navarrete, t. I, p. LXXIX] hasta el de 1455, que es el que se deduce de las fechas que cita el mismo almirante en su carta de Jamaica, 7 de Julio de 1504. Entre ambos extremos encontramos adoptados por varios autores los años 1436, 41, 45, 46, 47 y 49: la opinion que nos parece más probable es la que elije el año de 1436; y acaba de adquirir nuevo peso con haberse adherido á ella el baron de Humboldt (*Examen de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent*, tom. II, p. 112, tom. III, p. 353). Hácese penoso ir contra los datos que muestra el mismo

COLO

Colon en su carta de Jamaica, y desechar la fecha de 1455 que de ella resulta; pero ya el abate Morelli (*Lettera rarissima*, p. 47) ha observado que donde dice en esta carta "yo vine á servir (á España) de 28 años," es preciso leer 48, alteracion muy fácil al poner de molde los números romanos del orijinal. Más sensible se nos hace todavía apartarnos diez años del parecer del docto historiógrafo de Indias Juan Bautista Muñoz, quien en su *Historia del Nuevo Mundo*, p. 42, considera acaecido el nacimiento de Colon por los años 1446; pero como la muerte le estorbó la continuacion de su obra y la publicacion de los documentos é ilustraciones que tenía ofrecidos, no podemos calificar los datos en que apoyaba su dictámen, aunque no será aventurado suponer que no fueron tan abundantes como los que tuvo á la vista Navarrete (tomo I, pág. LXXXI), á quien tenemos á favor de nuestro dictámen.

Más felices han sido las investigaciones de los críticos modernos respecto á la familia y ascendencia de Colon. Parece ya fuera de duda que era hijo de Domingo Colombo [verdadero apellido del descubridor] y de su mujer Susana Fontanarossa; además de dos hermanos menores, Bartolomé y Diego, tuvo tambien una hermana que casó con un tocino [pizzicagnolo], llamado Diego Bavarello. Domingo el padre sobrevivió dos años al descubrimiento de su hijo: era fabricante de paños; y aunque su nieto Fernando le

COLO

representa muy pobre, consta que tenia dos establecimientos en Génova, y que en 1469 trasladó su fábrica y comercio de lanas á Savona. Cuando los ilustres hechos del hijo le hubieron ganado una fama inmortal, muchas familias nobles se le disputaban; y más gloriosa le es esta disputa que una distinguida ascendencia, puesto que ella prueba que su nombre bastaba para dar lustre á un linaje, sin necesitar de títulos estraños que le engrandeciesen.

Estudió Colon las primeras letras en su patria, é hizo algunos adelantos en el dibujo. Desde niño mostró una grande afición á la geografía y una preension decidida á navegar. Deseoso el padre de satisfacer sus deseos, le envió á la universidad de Pavia donde se dedicó al estudio de las matemáticas, la geografía, la astronomía, que por entónces todavía era llamada *astrología*, y la navegacion, instruyéndose al mismo tiempo en la lengua latina, que era en aquella época el idioma de las escuelas y el medio de comunicacion entre los sábios. No fué mucho el tiempo que permaneció en Pavia; bastante apenas para haber adquirido algun conocimiento de las ciencias que allí estudiaba, de manera que la profunda intelijencia en ellas que mostró después debió provenir de un diligente estudio privado.

Apénas hubo salido de la Universidad comenzó su carrera de navegante. Toda esta parte de su vida está en vuela en una completa oscuridad.

COLO

Sábense algunos sucesos de ella; pero es casi imposible asignarles el orden cronológico que les corresponde. Consta, por ejemplo, que Colon navegó á las órdenes de un pariente suyo del mismo nombre, genovés al servicio de la Francia, el cual tomó partido por Juan de Anjou, duque de Calabria, cuando en 1459 armó éste una expedición con el fin de recobrar el reino de Nápoles para su padre el rey Renato. El mismo Cristóbal Colon nos informa de que durante esta campaña y probablemente hácia 1462, le envió el rey á Túnez con el encargo de apresar una galeota; mas sabiendo la gente que consigo llevaba, que aquella embarcación estaba acompañada de otras tres, perdieron el ánimo y quisieron volver á Marsella por refuerzos. Colon finjó condescender con sus deseos; mas durante la noche mudó el rumbo sin que nadie lo notase, de suerte que cuando los suyos pensaban entrar en Marsella se encontraron sobre las costas de Túnez. Esta estratagemá guarda cierta analogía con la que después empleó en su primer viaje á la América para disminuir el temor de su gente, é indica ya la firme resolución de que tantas pruebas habia de dar en el curso de su agitada vida. Nos queda también noticia cierta, dada por el mismo almirante, de que en 1477 (6 67 como otros quieren, suponiendo una errata) hizo un viaje á las regiones árticas, avanzando 100 leguas más allá de la última *Thule*, es decir, la Islandia.

COLO

El viaje que dice haber hecho al fuerte de San Jorje de la Mina, en la costa de Guinea, debe ser posterior al año de 1481, porque entónces se construyó aquella fortaleza, y aun está por señalar la fecha de una expedición al archipiélago de que igualmente se tiene noticia por los escritos del mismo Colon. "Veintitres años he andado por el mar," dice, "sin salir de él por tiempo que deba descontarse, vi todo el Levante, y el Poniente, y el Norte, Inglaterra, y he navegado á Guinea." No queda, pues, duda de que Colon era un navegante experimentado y endurecido en los trabajos de la vida marítima, aunque sean tan escasas las noticias que nos quedan de sus expediciones anteriores al gran descubrimiento que lo immortaliza.

Para poder coordinar de algún modo las fechas de ellas, es preciso dar por sentado que algunas se verificaron durante la residencia de Colon en Portugal, y que ésta no fué tan constante como generalmente se ha creído. Aparece de los documentos conocidos, que residió en aquel reino de 1470 á 1484; pero la causa de su primera llegada á él no se sabe con certeza. Su hijo y biógrafo Don Fernando nos dice: que cuando su padre navegaba, con un pariente suyo famoso corsario, llamado Colombo *el mozo*, para distinguirle del otro Colombo ántes mencionado, se halló en el ataque que dió su comandante cerca del cabo de San Vicente, á cuatro galeas de Venecia que iban á

COLO

Flándes ricamente cargadas; empeñóse con ellas un reñido combate que duró todo el día, y el buque en que se encontraba Colon se aferró con una de las galeras trabándose de tal suerte con ganchos y cadenas que llegó á ser imposible el poder separar ambas embarcaciones. En tal estado se prendió fuego á la galera, y siendo evidente la pérdida de ambos buques, no quedó otro recurso á sus tripulaciones que arrojarle al agua, para conservar alguna esperanza de vida. Colon fué de los que tomaron este partido; pudo asir un remo, y como era esperto nadador, *con la ayuda de Dios que para mayores cosas le quiso salvar*, logró ganar la costa que distaba dos leguas, aunque tan estropeado que tardó muchos días en reponerse. Viéndose cerca de Lisboa pasó á esa capital donde halló tan buena acogida en sus paisanos residentes en ella, que determinó fijar allí su residencia. Tal es la historia que nos refiere Don Fernando, acogida después sin exámen por muchos escritores; pero prescindiendo de las circunstancias inverosímiles que la acompañan, se falsifica del todo advirtiendo que el sangriento episodio que forma la acción principal no ocurrió hasta 1485 cuando ya Colon habia salido de Portugal. Y perderíamos el tiempo si nos empeñásemos en buscar una causa inmediata para su resolución de ir á aquella corte, cuando la fama de los descubrimientos ejecutados bajo la protección del infante Don

COLO

Enrique, era más que suficiente para atraer á un hombre tan dado á la vida marítima como lo era Cristóbal Colon.

Establecido ya en Lisboa, conoció en una iglesia á una señora noble llamada D.^a Felipa Muñiz de Perestrello, con la que á poco contrajo matrimonio. Era hija de Bartolomé Muñiz de Perestrello, caballero italiano, ya difunto, navegante distinguido, que habia colonizado y gobernado la isla de Porto Santo. Los nuevos desposados fueron á vivir con la madre de la esposa. Notando ésta el interés que su yerno tomaba en las cosas del mar, solía referirle cuanto habia llegado á su noticia acerca de los viajes y descubrimientos de su difunto marido, y le entregó todos sus mapas, derroteros y demás papeles. Por entónces se cree que hizo Colon algunos viajes á la costa de Guinea, y mientras permanecía en su casa proveía al sustento de su persona y familia, dibujando mapas, en cuyo ejercicio él mismo se abalaba por diestro. Aunque sus medios no eran muy abundantes, destinaba una parte á la educación de sus hermanos menores y al socorro de su anciano padre en Génova. De Lisboa se trasladó por algún tiempo a la isla de Porto Santo, donde su esposa heredó algunos bienes, y durante su permanencia allí le nació el primer hijo á quien llamó Diego.

Colocado así Colon en las fronteras del mundo conocido, apasionado por las empresas marítimas, en todo el vi-

COLO

gor de su edad y con la vista fija de continuo en la inmensidad del Océano, comenzando á brotar en su ardiente imaginación las primeras ideas del vasto proyecto que el mundo entero no acertó á comprender hasta que le vió realizando. Es un estudio del mayor interés el seguir los pasos, en cuanto nos es posible á esta concepción gigantesca examinar los fundamentos en que comenzó á apoyarse, y los grados sucesivos de su desarrollo.

La fama de las riquezas de las rejiones orientales del Asia se mantuvo viva en Europa durante los ajitados siglos de la edad média. Poco se había hecho en verdad para explorarlas; pero las expediciones aisladas de algunos monjes ó mercaderes que se internaron en aquellos países, y referían á su vuelta las maravillas que habían visto ó creído ver, contribuyeron á llamar la atención de los europeos hacia aquellos rumbos. Entre estos atrevidos viajeros ninguno alcanzó tanta fama como el veneciano Márco Polo que después de una larga residencia en el Oriente logró volver á su patria á principios del siglo XIV; ni tampoco hubo otro cuyas relaciones contribuyesen más á inflamar la imaginación de los europeos. Sin una breve idea de la narrativa de Márco Polo, es casi imposible explicar muchos pasajes de la vida de Colón, y ménos seguir el hilo de sus conjeturas.

La principal residencia del Gran Khan ó soberano de los tártaros era, según Márc

COLO

Polo, la ciudad de Cambalú (Pekin), en la prov. de Catay (China). Esta ciudad tenía 25 millas cuadradas de extensión, y sus edificios eran admirables. Sería imposible dar idea de la magnificencia de esta capital, ni de la abundancia de piedras preciosas, perlas, sedas y perfumes que se veían en ella: baste decir que apenas pasaba día sin que entrasen hasta mil carros cargados de estas preciosidades. El palacio del Gran Khan era un grupo de edificios de cuatro millas de circunferencia, resplandecientes de oro y plata. Pero todo esto era poco en comparación de la riqueza de la prov. de Mangi ó Mangui. Su capital Quinsay era la mayor ciudad del mundo, y estaba edificada sobre muchas islas, como Venecia: doce mil puentes de piedra, tan altos que dejaban libre el paso á los mayores navíos, servían para la comunicación interior. A mil y quinientas millas de Mangi se encontraba en el Océano la grande isla de Cipango, que se cree ser el Japon. Sus riquezas escedían los límites de lo creíble: el oro era allí tan abundante como el barro, y no andaban más escasas las perlas y piedras preciosas. El Gran Khan había tomado grande empeño en conquistar esta isla, pero en vano. Al rededor de Cipango el mar estaba cubierto de islas, cuyo número pasaba de siete mil, casi todas habitadas, y ricas de especias, perfumes y otras preciadas producciones del Oriente.

Sea que se diese ó no crédito en Europa á las maravillo-

COLO

sas relaciones de Márco Polo, (y consta que se daba mucho) lo cierto era que todas esas producciones venían en efecto del Oriente, y dando un largo rodeo por tierra se reunían en Constantinopla y el Mar Negro, para distribuirse luego por toda la Europa: los italianos en especial, venecianos y genoveses, habían monopolizado este lucrativo comercio, que elevó sus pequeñas repúblicas á un grado increíble de prosperidad.

Deseosos los portugueses de libertarse de este monopolio, y hallar camino por mar á la India para obtener á ménos costo sus mercancías, entraron de lleno en la carrera de los descubrimientos marítimos: fué el motor y alma de estas empresas el infante D. Enrique, hijo del rey Juan I y de Felipa de Lancaster, quien concibió el atrevido proyecto de circunnavegar el África.

Considerando el estado de navegación en el siglo XV, este proyecto era poco ménos que una locura. Prevalcían sin contradicción los errores más groseros, nadie dudaba de la opinion comun que consideraba perdido al que se atreviese á doblar el cabo Bojador. El infante apeló á la ciencia para desvanecer estos errores: retirado del bullicio de la Côte, se estableció en una casa de campo de Sagres, en los Algarbes, cerca del cabo de San Vicente. Allí, con el Océano á la vista, formó un observatorio, y reunió en derredor suyo á los principales cosmógrafos y as-

COLO

trónomos de su tiempo: aquella docta academia produjo grandes beneficios, corrigiendo todos los mapas geográficos, y generalizando el uso de la brújula: Con tan poderosos auxilios y con la ilustrada protección del infante, sacudió pronto su timidez la marina portuguesa, y diariamente arrancaba nuevas conquistas al Océano. La muerte arrebató á D. Enrique ántes que viese logrado su proyecto, y pasaron muchos años para que Gama le llevase á cabo; pero tuvo la satisfacción de dejar á su país en el camino de la prosperidad á que llegó después.

Cuando más grande era el ardor por estas empresas marítimas, arribó Colón á Lisboa. Consideró al punto, que aunque los portugueses lograsen su intento de rodear el África, esa navegación sería larga y peligrosa, como en efecto lo es. Por otra parte, este camino para la India estaba cerrado para otra nación católica en virtud de la bula que habían obtenido del papa los portugueses, en que se les concedía el dominio de las tierras que descubriesen hacia el Oriente: concesion tan respetada en aquellos días que nadie se hubiera atrevido á ir contra ella. Entonces fué cuando su vasta inteligencia concibió el proyecto de "bucar el Oriente por el Occidente," como él mismo dice, para traer á la Europa por el camino más breve y fácil todas las riquezas de aquellos países. Este era, pues, el fin de la empresa de Colón: véamos ahora las razones en que se

COLO

fundaba la posibilidad de llevarla á efecto.

A los delirios de algunos filósofos antiguos, sobre la forma de la tierra, que suponían llana y cubierta del cielo como una bóveda, había sucedido la creencia universal de su figura esférica. Nació de ahí naturalmente la idea de la posibilidad de rodearla; pero de admitir esta posibilidad en teoría á ejecutarla en la práctica había una distancia tan enorme, que el trascurso de muchos siglos de nada había servido para acortarla. Destituido el navegante del auxilio de la brújula, se contentaba en aquellos remotos tiempos con mantenerse tímidamente apegado á las costas conocidas, y aun cuando después el maravilloso descubrimiento de esta inesplicable propiedad, el imán vino á ofrecerle un guía seguro en el inmenso desierto de las aguas, la imperfección de los instrumentos astronómicos y la fragilidad de las naves, oponían insuperables obstáculos á sus esfuerzos. Contentáronse, pues, los antiguos con vanas especulaciones. Aristóteles indica que la distancia de la Europa á la estremidad del Asia oriental era más corta de lo que se creía: Pluton con su *Atlántida*, dió materia de largos estudios á todos los geógrafos que le sucedieron: Séneca el filósofo, en un arrebató de entusiasmo al comparar la inmensidad de los espacios celestes con la pequeñez del planeta que habitamos, esclama: "¡Cuántos hay, pues, desde las últimas riberas de España hasta la

COLO

India? El espacio de muy pocos días, si la nave halla vientos favorables." Otros geógrafos confirman con más ó ménos expresión las mismas creencias; pero nadie avanza tanto como el otro Séneca, ó quien fuere el autor de las tragedias, en la famosa profecía casual del coro del 2º acto de la *Medea* que á los catorce siglos, recibe su entero cumplimiento.

Infundió nuevo ánimo á Colon para su empresa la desproporcionada estension que Tolomeo y otros antiguos geógrafos, daban á las regiones orientales del Asia, de tal suerte que, á su juicio, venían á quedar mucho más vecinas de lo que realmente son á las costas occidentales de la Europa. Por otra parte habíase propagado el error del geógrafo árabe Alfragan ó Al Fergani, quien disminuyendo la estension de los grados terrestres, reducía considerablemente la circunferencia del globo. Ambas opiniones reunidas acertaban tanto el tránsito por el Océano, y disipaban de tal manera el mayor obstáculo del proyecto de Colon, que éste se mantuvo siempre adherido á ellas. "El mundo es poco," escribía á los soberanos de Castilla todavía durante su último y más penoso viaje; "digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo." Hé aquí cómo dos de los más grandes errores geográficos de los antiguos, produjeron el mayor descubrimiento que registra la historia en sus anales. Colon contaba hallar las islas vecinas á la costa del Asia más

COLO

cerca aún de lo que realmente estaban las del Nuevo Continente: la idea de encontrar nuevas tierras en su camino solo era para él una cosa secundaria; pero si estas tierras no hubiesen existido, es muy probable que el Océano hubiese tragado al atrevido descubridor y á sus frágiles carabelas.

A estas razones tomadas de los autores antiguos, miradas entónces con un supersticioso respeto y á cuyo estudio se entregó con ardor, juntaba Colon otros indicios prácticos. Un Martín Vicente, piloto al servicio del rey de Portugal, le dijo que navegando muchas leguas al Oeste del cabo de San Vicente, sacó del agua un trozo de madera tallado al parecer con instrumentos que no eran de hierro, y como los vientos le traían de Occidente, podía venir de alguna tierra desconocida en aquel rumbo. Pedro Correa, casado con una hermana de la mujer de Colon, navegante también y que tuvo por algún tiempo el gobierno de Porto Santo, le dió igual noticia de otros maderos semejantes recojidos en aquella isla y de unas cañas de extraordinaria magnitud como las que Tolomeo describe en lo último de la India. Los habitantes de las Azores referían también haber arribado á sus costas unos pinos de especie ignota, y sobre todo dos cadáveres de hombres cuya fisonomía no se asemejaba á la de ninguna de las razas conocidas.

El afán de las tierras occidentales llegó al punto, no solo de creer en la existencia de

ellas, sino aún de asegurar que se habían visto. Así sucedió con la imaginaria isla de San Borondon, llamada así del nombre de un sacerdote escocés que se decía haber desembarcado en ella corriendo el siglo VI. Los habitantes de las Canarias afirmaban que en los días serenos se veía con claridad al Occidente, y este fenómeno óptico, que pudiera tener alguna analogía con el de la *Fata Morgana* observado en las costas de Sicilia, produjo repetidas expediciones en busca de la imaginaria isla, que jamás pudo ser hallada. La misma suerte corrió la isla de las *Siete Ciudades*, lugar de refugio de siete obispos católicos que salieron huyendo de la invasion de los Moros en España; y burlados los navegantes en sus esfuerzos para alcanzar estas tierras fantásticas, apelaron para esplicar su derrota, á las islas flotantes que menciona Plinio.

Examinadas cuidadosamente por Colon todas estas opiniones y señales, se iba afirmando cada vez más en la posibilidad de su empresa, cuando supo que el famoso médico y astrónomo florentino Paulo Toscanelli, había escrito al canónigo de Lisboa Fernando Martinez, una carta relativa al mismo proyecto que tanto le desvelaba. Al punto escribió á Toscanelli, quien por respuesta le envió, con fecha 25 de Junio de 1474, una copia de la carta escrita á Martinez y del mapa que la acompañaba, elojando al mismo tiempo su determinación y pintándole como muy

COLO

fácil y segura la travesía por el Océano; todo lo cual confirmó con más estension en otra carta escrita poco después. Aunque la aprobacion de un sábio tan distinguido como Toscanelli, debió complacer infinito á Colon ó infundirle grande ánimo, no por eso se rebaja nada su mérito, como han pretendido algunos. De las especulaciones abstractas de Toscanelli, encerrado en su gabinete, á la resolucíon de entregarse á mares desconocidos en una frágil nave, hay notable diferencia; y sobre todo, las cartas del astrónomo florentino le afirmaron en sus opiniones, pero no las produjeron, y la gloria original del pensamiento pertenece toda entera á Colon.

Gloria tan inmensa no podía dejar de serle disputada. "En todas las épocas de una civilización adelantada," dice el célebre Humboldt, "ha sucedido con los descubrimientos geográficos lo mismo que con las invenciones de las artes, y con esas grandes concepciones en la literatura y las ciencias, por cuyo medio trata de abrirse un nuevo camino el espíritu humano. Se empieza por negar el descubrimiento mismo ó la exactitud de la concepcion; se niega luego su importancia, y por último su novedad." El gran descubrimiento de Colon hubo de pasar por iguales vicisitudes. Libróse de la negativa de su realidad, gracias á las pruebas que el descubridor cuidó de traer consigo, pero el empeño de apocar el Nuevo Mundo, casi nació con él y produjo inesplicables dis-

COLO

gustos á Colon. Cuando el tiempo hubo ya manifestado el inmenso valor de su descubrimiento, entónces se empezó á trabajar en atribuir á otros la gloria de haberlo verificado antes que él. Celosos los españoles de confesarse deudores á un extranjero de la posesion del Nuevo Mundo, fraguaron una conseja que apareció por primera vez refugiada tímidamente en las páginas de Oviedo (1535), como una fábula del vulgo y con pormenores diminutos y vagos. Apadrinóla después Gomara [1552], presentándola ya como hecho indudable, y con su autoridad la acogieron otros escritores; pero no adquirió la verdadera forma de historia hasta que la incluyó el Inca Garcilaso en sus *Comentarios Reales del Perú*, 1609. Escribe en el cap. 3 de su lib 1.^o que, "cerca del año de 1484, uno más ó ménos," un piloto, natural de Huelva, llamado Alonso Sanchez de Huelva, navegando de las islas de Canarias á la de Madeira, fué arrebatado por una tormenta que le llevó á una isla desconocida, que se creía ser la Española. Volvió de allí á Europa; pero tan estropeado de las fatigas del viaje, que poco después de su arribo falleció en la casa de Colon, donde se hallaba hospedado. En agradecimiento por su buena acogida, le legó á éste sus mapas y derroteros, los cuales le dieron la primera idea del Nuevo Mundo, y le sirvieron de guía para encontrarle. La poca autoridad en que descansa hecho tan notable, ha sido causa de que

COLO

se le tenga por infundado y fabuloso; mas bastaría para darle esta calificación, la certeza de que en 1474, diez años antes de la fecha señalada al finjido descubrimiento, habia escrito ya Colon las cartas á Toscanelli.

Martin Behem [llamado por los españoles Martin Bohemia], geógrafo y viajero distinguido, natural de Nuremberg, donde nació en 1430, fué presentado después como autor del primer descubrimiento. Tan pobres eran las pruebas de sus defensores, que sus pretensiones cayeron en olvido hasta que en 1786 las revivió en Nueva York un francés llamado Mr. Otto. Pero la refutacion no se hizo guardar mucho, y fué tan satisfactoria la que Cladera publicó en 1794, que nadie ha vuelto á defender los pretendidos derechos de Martin de Bohemia.

Mejor fundada parece, segun documentos no há mucho publicados, la opinion de que los noruegos ó otros septentrionales, llegaron á las costas de la América en los siglos X y XI. El asunto, sin embargo, está envuelto todavía en mucha oscuridad, ni hay certeza de la verdadera situacion de las tierras que se dice fueron colonizadas por ellos. Lo indudable es, que este conocimiento del Nuevo Mundo en Europa, si existió, fué transitorio y circunscrito á un pequeño espacio. En la época de Colon y mucho después, nadie recordaba éstas y antiquísimas expediciones, que no sirvieron para establecer una comuni-

COLO

cacion permanente. No ha faltado quien ose avanzar que en el viaje que Colon hizo á la Islandia, adquirió noticias de las navegaciones de los noruegos ó islandeses, de donde le vino la primera idea de su descubrimiento. Tal asercion carece de todo fundamento; mas suponiéndola exacta, ¿qué luz pudiera dar á Colon la noticia vaga de la existencia de una costa allá en el septentrion? Si hoy las expediciones de los noruegos presentan algun interés en la historia de América, es porque sabemos lo que entónces no se sabia ni se supo en muchos años, y es que la tierra que se supone haber ellos descubierto corre sin interrupcion hasta el cabo de Hornos, y pertenece al continente que descubrió Colon. Suya, es pues, la gloria del primer descubrimiento, sin que nadie pueda arrebatársela, y suyo el mérito de haber arrojado el primero los misteriosos terrores del Océano.

Familiarizados hoy con el espectáculo de este Océano, y viéndole surcado por todas partes sin temor, apenas podemos comprender la magnitud de los obstáculos, unos ciertos y otros supuestos, pero no por eso ménos temibles, con que habia de luchar la empresa de Colon. Si la navegacion á lo largo de las costas del África casi sin perder de vista la tierra ofrecia tantas dificultades, considérese qué juicio formarían los navegantes del hombre que proponia engolfarse en aquellos mares desconocidos. El Océano Atlántico era mirado con una

COLO

especie de terror supersticioso, y como un caos impene-trable que ceñía el mundo conocido. Basta oír cuál se espresa á esta propósito E-drisi, uno de los principales geógrafos árabes, deposita-rios del saber de la edad me-dia. "El Océano," dice, "ciñe los últimos términos del mun-do habitado, y cuanto hay más allá nos es desconocido. Nadie hasta ahora ha podido averiguar cosa alguna de él, á causa de su difícil y peli-grosa navegacion, su grande oscuridad, su inmensa hondu-ra y sus frecuentes tempestades; por temor de sus enormes peces y furiosos vientos. Hay sin embargo muchas is-las en él, unas habitadas y otras no. No hay marinero que se atreva á surcar sus profundas aguas, ó si lo han hecho algunos, solo se han mantenido junto á sus costas temerosos de apartarse de ellas. Las olas del Océano se levantan tan altas como mon-tañas, pero se mantienen sin romper porque si reventasen no habría navío que pudiese resistirlas." Sería inútil estenderse en ponderar tantos obstáculos; el simple hecho de haber sido desechadas en todas partes las propuestas de Colon, calificando á su au-tor de visionario, habla más alto que cuanto pudiéramos añadir.

Rico el descubridor con tan-tas y tan seguras noticias, vivificadas por largas medita-ciones, comenzó á pensar en procurarse los medios de lle-var á efecto sus designios. Di-cese que como buen hijo ofre-ció primero sus servicios á su

COLO

patria Génova; pero no fue-ron admitidos. Dirigióse en-tonces naturalmente al sobe-rano en cuya corte residía y que tanto ardor mostraba por los descubrimientos. Presen-tó, pues, su proyecto al rey D. Juan II, quien lo oyó con agrado y mandó examinar sus propuestas á una junta compuesta de sus dos médi-cos Rodrigo y José, grandes astrónomos y cosmógrafos, y de su confesor Fr. Diego Or-tiz, obispo de Ceuta, español tenido por muy letrado, y co-nocido comunmente por *Cal-zadilla*, del nombre del lugar de su nacimiento. Aquella sábia junta declaró estra-yagante y fantástico el pro-yecto. No satisfecho el rey reunió su consejo y pidió o-pinion: allí tambien se opuso Calzadilla; la decision fué i-gualmente desfavorable, y quedó desechada la propues-ta de Colon.

Mas conociendo algunos consejeros, en especial Cal-zadilla que el rey quedaba disgustado de su dictámen y mantenía una secreta incli-nacion á la empresa, le pro-pusieron un medio de inten-tar el logro de todas sus ven-tajas, sin esponerse al ridí-culo de haber tratado formal-mente con un visionario si solo resultaba una quimera. El rey en mala hora se olvidó de su habitual justicia y je-nerosidad, y cometió la fla-queza de permitirles ejecutar su plan. Entonces pidieron á Colon sus mapas y papeles, como para juzgar con más co-nocimiento de causa, y mien-tras le hacían aguardar su parecer, despacharon una ca-

COLO

rabela en la direccion indica-da. Partió la embarcacion de las islas de Cabo Verde é hi-zo rumbo al Poniente duran-te algunos dias: alteróse el tiempo, y como los pilotos no tenían interés ninguno en tal viaje, ni veían más que olas y más olas, perdiendo el áni-mo se volvieron á las islas de Cabo Verde, y de allí á Lis-boa, donde para escusar su falta de resolucion calificaron el proyecto de disparatado é irracional.

Tan insignie supercheria llenó de indignacion á Colon, y aunque el rey dicen que le instaba para renovar los tra-tos, se negó redondamente á ello. Su esposa habia muerto hacia algun tiempo, y rotos así los lazos domésticos que le retenían en Portugal, resolvió alejarse de un país donde le habian tratado con tan poca fé. Embebido en sus proyectos de incalculable ri-queza habia dejado arruinar sus propios negocios, y anda-ban éstos tan mal que corria peligro de ser preso por den-das. Esta se cree haber sido la causa de su salida secreta de Portugal á fines de 1484, llevando consigo á su hijo Diego, muy niño todavía.

Volvemos á encontrarnos de nuevo en la oscuridad. Un año se pasa sin que podamos seguir las huellas de Colon. Se ha dicho que fué á Génova á repetir en persona la promesa que tenia hecha por escrito, y siendo otra vez des-echada, pasó á Venecia con el mismo fin donde tuvo igual resultado desfavorable. Todo esto, aunque posible, no tie-ne prueba alguna. Lo más

COLO

seguro parece ser que visitó entonces á su anciano padre, y le ayudó en lo que pudo: hizo tambien que su herma-no Bartolomé, pasase á Inglan-terra á presentar las mismas propuestas á Enrique VII, y él se encaminó á España en el mayor estado de pobreza.

Cerca del pequeño puerto de Palos, junto á Moguer, en Andalucía, existe un convento llamado Santa Maria de la Rábida. A la puerta de este convento, ocupado entonces por frailes de la órden de San Francisco, llegó cierto día un extranjero á pie, conduciendo de la mano á un niño, y pidió un poco de pan y agua para su hijo. Aquel extranjero que se presentaba en tan triste estado, era CRISTÓBAL COLON, y el niño su hijo Diego. No se sabe de donde venia, é iba á Huelva en busca de un cuñado suyo. El aspecto de aquel extranjero, acompañado de un niño, llamó la atencion del guardian Fr. Juan Pérez de Marchena: entró en con-versacion con él, le hizo entrar, y le hospedó en el con-vento. Colon, como era na-tural, le habló de su proyecto favorito; pero el guardian, aunque era hombre inteli-jente en tales materias, des-confió de su propio juicio, é hizo venir á su amigo García Ferrandez, médico del veci-no pueblo de Palos, y que pa-saba por saber algo de astro-nomía. Ambos quedaron ple-namente convencidos de la exactitud del juicio de Colon, y abrazaron con ardor sus i-deas. Opinaron tambien en favor suyo varios pilotos es-perimentados que fueron con-

COLO

sultados durante las conferencias del convento; pero nada pesó tanto en la balanza como el auxilio de Martín Alonso Pinzon, vecino de Palos, uno de los principales pilotos de aquel tiempo, y tronco de una familia de ricos y distinguidos navegantes. Este no solo aprobó completamente el proyecto de Colon, sino que se ofreció á ayudarle con su persona y sus bienes. De esta manera, en un rincón de España, y en la soledad de un convento, hallaba aquella empresa la acogida que habia buscado en vano, y aún buscó por mucho tiempo, en las cortes y entre los sabios.

Convencido ya Fr. Juan Pérez de la importancia del intento de Colon, le instó para que pasase á la corte y propusiese su empresa á los soberanos de Castilla. Ofreció darle una carta de recomendacion para Fr. Hernando de Talavera, confesor de la reina Doña Isabel, por cuyo medio obtendría al punto una audiencia. Pinzon ofreció por su parte los dineros necesarios para el viaje, y el guardian se encargó del cuidado y educacion del niño Diego. Protejido de este modo, y lleno de nuevas esperanzas, dejó Colon el convento en la primavera de 1486, y se encaminó para Córdoba, donde á la sazón se encontraba la corte.

El estado de las cosas á la llegada de Colon, no podía ser más desfavorable para sus designios. Absorbida toda la atención de los reyes Católicos, en la guerra em-

COLO

prendida para arrancar á los árabes el último baluarte de su dominacion en España, no tenían tiempo de dar oídos á las propuestas de un extranjero desconocido que venia ofreciendo cosas tan grandes, que su misma grandeza les servia de descrédito. Fr. Hernando de Talavera, que era su única esperanza, hizo muy poco caso de la carta de recomendacion. Colon no pudo obtener una audiencia, y aún se cree que durante mucho tiempo sus propuestas, no llegaron á noticia de los soberanos.

En el entretanto, permanecía en Córdoba ganando un escaso sustento con hacer cartas y planos; su humilde traje y su pobreza formaban tan extraño contraste con la magnificencia de sus proyectos, que era burlado y tenido comunmente por un visionario, y llega á decirse que los muchachos le señalaban por las calles como á un loco! Durante esta época de abatimiento y abandono, tuvo Colon amores con una dama principal de Córdoba llamada doña Beatriz Enriquez; estos amores nunca terminaron en matrimonio, pero el resultado de ellos fué al fin el nacimiento de un hijo que se llamó D. Fernando, y á quien siempre trató Colon en términos de perfecta igualdad con el legítimo D. Diego.

La constancia con que un extranjero pobre y desvalido, urgia por acercarse al trono, comenzó á llamar la atención de algunos personajes de la corte: el contador mayor Alonso de Quintanilla le hos-

COLO

pedó en su casa, y tambien entró en la gracia del Nuncio del Papa, Antonio Geraldini, y de su hermano Alejandro, preceptor de los hijos menores de Fernando é Isabel. Estos amigos le presentaron al gran cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, llamado el tercer rey de España: halló en él buena acogida, y por su medio pudo lograr al fin la audiencia que tanto deseaba. Apareció Colon ante los reyes con toda la dignidad que le inspiraba el profundo convencimiento de la grande importancia de su empeño. Oyóle con atención el rey, y comprendió desde luego que aquellas ideas no iban tan destituidas de fundamento; su ambicion se despertaba á la sola promesa de mayores y más ricos descubrimientos que los de la vecina nacion portuguesa, y así dió orden á Fr. Hernando de Talavera, de que hiciese juntar los más distinguidos astrónomos y cosmógrafos del reino, para que ante ellos espusiese Colon los fundamentos de su teoria, y calificasen, despues de un detenido exámen, el crédito que merecieran.

Reunióse esta famosa junta en Salamanca, en el convento de los dominicos de S. Estéban, y se componia de profesores de la Universidad, varios eclesiásticos y frailes eruditos. La mayor parte de los individuos de ella venian predisuestos contra Colon; hombres persuadidos de su saber, y en puestos elevados, se inclinaron por lo comun á mirar con ojeriza á pobres

COLO

pretendientes sin títulos ni honores. Apenas habló Colon, asaltáronle con testos de la Escritura y doctrinas de los Santos Padres, que contradecian sus argumentos, mezclando tambien razones cosmográficas, tan pobres y absurdas, que algunas de ellas, cuya memoria se ha conservado, han dado materia para mucha risa, á costa de la sábia junta de Salamanca. Decíanle, por ejemplo, que era inmensa la grandeza del Océano, y apenas bastaría 3 años para atravesarle; que si existia otro hemisferio, seria imposible llegar á él por causa del excesivo calor de la zona tórrida, donde los rayos del sol hacian hervir el agua, y por último, que aun suponiendo que una nave llegase á la estremidad de la India, nunca más volveria, porque la misma redondez de la esfera formaria una especie de montaña que la nave no podría subir! Colon satisfacía las objeciones cosmográficas con razones tomadas de los autores antiguos, con la experiencia de los navegantes y con la suya propia; mas cuando llegó á los testos de la Escritura, vino á hallarse en su verdadero terreno. Hizo á un lado los mapas, y olvidando su saber el navegante, comenzó á esponer y desentrañar aquellos oscuros y misteriosos testos, en que él veia un claro anuncio del feliz resultado de la empresa que proponia. Aquella ardiente imaginacion, aun más encendida con el continuo meditar, é inflamada por los obstáculos que debía vencer

COLO

con solo su energía, llegó al extremo del entusiasmo. Colon no hablaba ya como un sábio que rebate los argumentos de sus contrarios: hablaba como un hombre inspirado que se cree escogido por Dios para llevar á cabo la más gloriosa empresa de los siglos, y para dar cumplimiento á las profecías de la estension de la verdadera fé por todo el orbe. Su elevada estatura, su blanca cabellera, su majestuoso porte, añadían gran peso á sus elocuentes palabras; muchos individuos de la junta quedaron vencidos de la fuerza de sus razones; pero los más de ellos se habían atrincherado en la mezquina idea de que era un desatino pensar que un triste y desconocido navegante supiese más que tantos sábios de todos los siglos como ignoraron ó negaron la existencia de tierras occidentales. Contra argumentos tales no había razon que valiese: Colon encontró más docilidad y mejor acogida en los frailes del convento, que en los orgullosos profesores de la Universidad. Los dominicos de S. Estéban ponían después entre sus glorias, el haber hospedado y mantenido al descubridor del Nuevo Mundo: tuvo en ello gran parte Fr. Diego de Deza, catedrático de prima de teología, y maestro del príncipe D. Juan, que nombrado después confesor de los reyes, contribuyó mucho al crédito de la empresa. Con todo eso nada se adelantó en las conferencias; la junta celebró después sesiones para celebrar su sentencia; pero sus

COLO

individuos nunca pudieron ponerse de acuerdo en una opinión, y como Fr. Hernando de Talavera, encargado por los reyes de este negocio, lo veía con poquisimo empeño, no apresuró su conclusion, ni exigió por entónces el parecer de la junta.

Las esperanzas que Colon había fundado en el exámen imparcial de un cuerpo científico, vinieron, pues, á tierra. Pero las conferencias de Salamanca le habian producido un gran bien: cierto es que el peso de los que habian adoptado sus ideas no alcanzó para inclinar la balanza á su favor, pero sí fué bastante para dar crédito y consideracion á su persona: de ahí es que, no mirándose ya como un proyectista vano, sino como á autor de un designio útil é importante, fué agregado á la real comitiva, y participó de todas las franquicias propias de los que seguian la corte.

Continuó en ella sus instancias, acompañando casi siempre á los soberanos españoles; asistió con ellos á las operaciones más importantes de aquella dilatada campaña, y áun se dice que muchas veces tomó parte en ella. Vió el sitio y rendicion de Málaga, el de Baeza, y la tentativa del árabe fanático que trató de asesinar á los reyes. Durante todo este tiempo, logró que una ú otra vez se le oyese, pero sin obtener nunca una resolucion definitiva. En la primavera de 1488 recibió una carta del rey de Portugal, convidándole á volver á sus dominios, y asegurándole

COLO

en cualquier proceso civil ó criminal que pudiera intentar se contra él, lo que confirma la opinion de que algun negocio de esta clase ocasionó su salida secreta de Portugal. El mismo Colon dice que por estos tiempos, recibió respuestas favorables de los soberanos de Francia é Inglaterra; pero estaba resuelto á no retirar su oferta á la España, hasta no perder toda esperanza de acogida.

Cansado al fin de tantos años de dilaciones y de vanas solicitudes, y viendo que en el invierno de 1491 los reyes católicos se disponían para su última campaña contra Granada, resueltos á no levantar el sitio hasta rendirla, instó de nuevo y con más empeño que nunca para que se le diese una respuesta definitiva. Con tal motivo pidieron los reyes á Fr. Hernando de Talavera que les comunicase la resolucion de la junta de Salamanca, que hasta entónces ignoraban, y Fr. Hernando les participó que aquella docta corporacion habia declarado vano é irrealizable el proyecto del descubridor. Mas su persona y empresa habian ganado tanto crédito, que á pesar de tan clara reprobacion, los reyes no quisieron romper del todo los tratos, y mandaron se hiciese saber á Colon, que los gastos y cuidados de la guerra no permitían por entónces atender á sus propuestas; pero que tan luego que quedase rendida la Granada habria tiempo y disposicion para tratar.

Pobre resultado era este

COLO

para tantos años de incertidumbre y espera. Colon vió en la respuesta una negativa mal disimulada, y resolvió buscar en otra parte quien quisiese aceptar su Nuevo Mundo. Pero á España le unian lazos muy fuertes y ántes de abandonar el país, quiso probar fortuna con alguno de estos grandes señores que tenían estados en las costas, con puertos y navíos en ellos. Ningunos tan distinguidos por estas circunstancias como los duques de Medinasionia y Medinaceli, y á ellos acudió Colon. El primero le tuvo por un visionario, y aunque el segundo se manifestó dispuesto á aceptar sus propuestas y á cederle unas carabelas para el viaje, temió luego enemistarse con los reyes entrando en un negocio que ellos tenían pendiente, y desistió de su empresa, contentándose con dar á Colon una carta de recomendacion para la reina. Perdida así la esperanza de negociar con los reyes, rechazado por el duque de Medinasionia, y rotos sus tratos con el de Medinaceli, creyó Colon que con seis años de inútiles esperas tenia bien pagada su deuda de hospitalidad á la España. Partió, pues, de Sevilla con destino á reinos estraños; pero ántes quiso pasar por el convento de la Rábida para tomar á su hijo Diego y dejarle en Córdoba con el otro hijo D. Fernando.

Luego que el buen guardian Fr. Juan Perez de Marchena le vió llegar de nuevo á sus puertas, conoció por su aire abatido y su humilde traje,

COLO

los amargos desengaños que había sufrido en la corte. Pero apenas supo que Colon venia con designios de buscar mejor acogida en países extranjeros, no pudo su patriotismo conformarse con tal pérdida para su nacion. Llamó al punto á sus amigos el medico Fernandez y el piloto Pinzon: juntos los tres renovaron sus instancias y se convino en que Fr. Juan Pérez escribiese una carta á la reina, de quien había sido en un tiempo confesor, y cuya respuesta aguardaria Colon en el convento. Aquella pequeña junta oscurecida en un rincón de España, libertó á su país de la desesperacion eterna á que debía ser condenado si se fiara de la mezquina sentencia de los presuntos sabios y teólogos de Salamanca. El portador del mensajé para la reina fué Sebastian Rodriguez, piloto de Lepe, quien desempeñó tan bien su encargo, que á los catorce dias estaba de vuelta en el convento. Habia encontrado á la reina en Santa Fé; y aunque ocupada D^a Isabel de los preparativos del último sitio de la vecina ciudad de Granada, contestó al punto á Fr. Juan Pérez, dándole gracias por su gran celo y previniéndole que se presentase inmediatamente en la corte, con espreso encargo de dejar en el entretanto á Colon con buenas esperanzas. El celoso Fr. Juan Pérez, cuyo nombre debe ser grato á ambos mundos, cumplió la órden con tal presteza, que aquella misma noche, á la mitad de ella, montó en su mula y tomó el camino de

COLO

Santa Fé, adonde llegó con toda felicidad. Su carácter sagrado y su intimidad con la reina le proporcionaron al instante una audiencia. Jamás había oído aquella soberana defender con tanto celo la causa de Colon, y su indole generosa cedió fácilmente á la elocuencia del buen fraile, apoyada por las razones de la celebrada marquesa de Moya. Mandó D^a Isabel que inmediatamente volviese Colon; y considerando con su natural perspicacia de sentimientos, que su pobreza no le permitia hacer la jornada con algun desahogo, mandó librarle desde luego veinte mil maravedis para que cambiase sus vestidos viejos por otros más decentes, y comprase una *bestezuela* para el camino. Fr. Juan se apresuró á enviar la carta y los socorros: con tales auxilios y lleno de esperanzas emprendió Colon nuevo viaje al campo de los reyes Católicos.

Llegó á tiempo de presentar la rendicion de la ciudad de Granada, último baluarte de la dominacion árabe de la Península: fué testigo de las extraordinarias muestras de regocijo con que tan memorable acontecimiento fué celebrado, no solo en España sino en toda la cristiandad, y en el entretanto él permanecia olvidado en un oscuro rincón de la corte, y confundido entre la turba de cortesanos y pretendientes comunes. Pero acabada ya la guerra, había llegado la hora de que los reyes cumpliesen la palabra dada: cumplieronla en efecto, mas á los primeros pasos; se

COLO

trepizó con un obstáculo invencible en las altas pretensiones de Colon. Pedía desde luego que se le otorgase para sí y sus descendientes, los títulos y privilegios de virrey y almirante de todos los países que descubriese, con el diezmo de sus productos, y otras gracias de menor cuantia. Irritáronse los cortesanos que negociaban con él, viendo que un miserable extranjero solicitaba dignidades más altas que las suyas, y no faltó quien le dijese burlando, que era un buen negocio, puesto que nada arriesgaba en caso de mal éxito, y obtenia tan grande honor y autoridad. A esto replicó Colon ofreciendo contribuir con la octava parte de los gastos, á condicion de percibir igual parte de los productos.

A pesar de esos sus propuestas se declararon inadmisibles. Fr. Hernando de Talavera, que era uno de los negociadores y siempre vió de mal ojo á Colon y á su empresa, informó á la reina del resultado de las conferencias, declarándole que de todos modos seria empañar el lustre de la real corona el prodigar tan altos honores á un aventurero desconocido; pero que si su empresa se malograba como creta, seria el término de lo ridiculo y vergonzoso para la corte de España. Aunque las sujestiones de aquel prelado, tropiezo perpétuo de Colon, fueron de mucho peso en el ánimo de Isabel, todavia quiso que se diesen algunos pasos para conseguir que el descubridor cercenase algo de sus preten-

COLO

siones: ofreciéronse altas y ventajosasas condiciones, pero inútilmente, porque resuelto á no ceder ni un ápice, no quiso escucharlas, y los tratos se deshicieron.

Lugar es éste de admirar la constancia y firmeza de Colon, que después de haber consumido ocho ó diez años en solicitudes infructuosas, y cuando ya tocaba el término de sus afanes, preferia comenzar de nuevo tan penosa carrera, ántes que descender á concesiones que juzgaba indecorosas para tan alta empresa. Olvidadas su oscuridad y su indijencia, no perdia de vista que tenia en sus manos un nuevo mundo: no quiso cederlo por lo que él juzgaba un vil precio, y diciendo adios á sus amigos y á la España, salió de Santa Fé, camino de Córdoba, á principios de Febrero de 1492.

Cuando los pocos amigos de Colon supieron su partida y su firme resolucion de pasar á Francia, se llenaron de dolor. El principal de ellos, Luis de Santángel, escribano de raciones de la corona de Aragon, determinó tentar un atrevido esfuerzo para impedir aquella desgracia. Solicitó y obtuvo al punto una audiencia de la reina Isabel, y la gravedad y urjencia del caso le prestó ánimo para espresarse con fuego y libertad; aun estaba hablando Santángel cuando llega el contador Quintanilla y esfuerza sus razones: acude luego en su auxilio la marquesa de Moya: inflamáase el ánimo de la reina, ya desde antes aficionada á la empresa, y a-

COLO

nuncia su resolucioe de pro-
tejerla. Jamás se mostró más
grande esta inclita princesa,
como cuando al ponerle el
obstáculo de la falta de dine-
ro para el armamento, esclama-
mo "Yo tomo la empresa por
mi corona de Castilla, y si
no hay dinero en las arcas,
tómese el necesario sobre las
joyas de mi cámara."

No llegó el caso de apelar
á este último extremo como
vulgarmente se ha creído,
porque lleno de gozo Santángel
con el consentimiento de
la reina, se ofreció á apron-
tar las sumas necesarias. Sa-
lió al punto y á toda prisa un
mensajero á caballo en busca
de Colon: alcanzóle todavía
muy cerca de Santa Fé: y
aunque al principio dudaba
éste si volvería á sufrir los
desaires y dilaciones de la Cór-
te, determinó acudir al llama-
do, confiando en la notoria
probidad de la reina Isabel.

Fué ya entónces muy fácil
ponerse de acuerdo en las
condiciones del contrato. Do-
cumento tan interesante, que
es la base del descubrimiento
del Nuevo Mundo, permane-
ció ignorado 333 años, hasta
que en 1825 le publicó el Sr.
Navarrete. Estan breve, que
no podemos resistir al deseo
de copiarle íntegro. Dice así:

"Las cosas suplicadas é que
vuestras Altezas dan y otor-
gan á Don Cristóbal Colon,
en alguna satisfaccioe de lo
que ha de descubrir en las
mares Océanas, y del viaje
que agora, con el ayuda de
Dios, ha de hacer por ellas
en servicio de vuestras Alte-
zas, son las que siguen:

"Primeramente: que vues-

COLO

tras Altezas, como señores que
son de las dichas mares oceá-
nas, fagan desde agora al di-
cho D. Cristóbal Colon su al-
mirante en todas aquellas is-
las é tierras-firmes que por
su mano ó industria se desco-
brieren ó ganaren en las di-
chas mares oceanas para du-
rante su vida, y después dél
muerto á sus herederos é su-
cesores de uno en otro perpe-
tuamente, con todas aquellas
preeminencias é prerogativas
perteneientes al tal oficio, é
segundo que D. Alonso Enri-
quez vuestro almirante ma-
yor de Castilla é los otros
predecesores en el dicho ofi-
cio lo tenían en sus distritos.
—*Place á sus Altezas.*—*Juan
de Coloma.*

"Otro: que vuestras Alte-
zas facen al dicho D. Cristó-
bal Colon su Visorey y Gobe-
rnador general en todas las di-
chas islas y tierras-firmes,
que como dicho es él descu-
briere ó ganare en las dichas
mares; é que para el reji-
miento de cada una y cual-
quier dellas faga él la eleccioe
de tres personas para cada ofi-
cio: é que vuestras Altezas
tomen é escojan uno, el que
más fuere su servicio, é así
serán mejor regidas las tier-
ras que nuestro Señor le de-
jará fallar é ganar al servicio
de vuestras Altezas.—*Place
á sus Altezas.*—*Juan de Colo-
ma.*

"Item: que todas é cuales-
quier mercaderías, siquier
sean perlas, piedras precio-
sas, oro, plata, especiería, é
otras cualesquier cosas é mer-
caderías de cualquier espe-
cie, nombre é manera que
sean, que se compraren, tro-

COLO

caren, fallaren, ganaren é ho-
bieren dentro de los límites
del dicho Almirantazgo, que
dende agora vuestras Alte-
zas facen merced al dicho D.
Cristóbal, y quieren que ha-
ya y lleve para sí la decena
parte de todo ello, quitadas
las costas todas que se ficie-
ren en ello. Por manera que
lo que quedare limpio é libre
haya é tome la decena parte
para sí mismo, é faga della á
su voluntad, quedando las o-
tras nueve partes para vues-
tras Altezas.—*Place á sus Al-
tezas.*—*Juan de Coloma.*

"Otro: que si á causa de
las mercaderías que él traerá
dellas dichas islas é tierras que
así como dicho es se ganaren é
descubrieren, ó de las que en
trueque de aquellas se toma-
rán acá de otros mercaderes,
naciere pleito alguno en el lo-
gar donde el dicho comercio
ó trato se terná é fará: que si
por la preeminencia de su ofi-
cio de Almirante le pertene-
cerá cognoscer de tal pleito,
plega á vuestras Altezas que
él ó su Teniente, y no otro
Juez, cognosca de tal pleito,
é así lo preveen dende agora.
—*Place á sus Altezas si pertene-
ce al dicho oficio de Ami-
rante, segun que lo tenía el di-
cho Almirante D. Alonso En-
riquez, y los otros sus antece-
sores en sus distritos, y siendo
justo.*—*Juan de Coloma.*

"Item: que en todos los
navios que se armaren para
el dicho trato ó negociacion,
cada y cuando é cuantas ve-
ces se armaren, que pueda el
dicho D. Cristóbal Colon, si
quisiere, contribuir é pagar
la ochena parte de todo lo que
se gastare en el armazon; é

COLO

que tambien haya é lleve del
provecho la ochena parte de
lo que resultare de la tal ar-
mada.—*Place á sus Altezas.*—
Juan de Coloma.

"Son otorgados é despa-
chados con las respuestas de
vuestras Altezas en fin de ca-
da un capítulo, en la Villa de
Santa Fé de la Vega de Gran-
nada, á diez y siete de Abril
del año del nascimiento de
Nuestro Salvador Jesucristo
de mil quatrocientos é noventa
y dos años.—YO EL REY.—
YO LA REINA.—Por mandado
del Rey é de la Reina.—Juan
de Coloma.—Registrada.—
Calceña."

Si las firmas de los dos so-
beranos aparecen en este do-
cumento, fué porque así se
autorizaban todos los actos
públicos de ambas monar-
quías; pero la empresa pertene-
cía á la reina Doña Isabel,
quien consideró siempre el
Nuevo Mundo como propio de
su corona de Castilla. D. Fer-
nando, sin embargo, veía con
gusto que se intentase el en-
grandecimiento de la nacion
española, porque era tal el
feliz acuerdo que reinaba en-
tre ambos esposos, que al par
que mantenían intactos los
derechos á sus respectivos
Estados, trabajaban unidos
para ensancharlos y engran-
decierlos. D^a Isabel, obraba
por motivos aún más nobles:
al generoso entusiasmo de su
sexo, se unía en su grande
alma un vivo deseo de ver es-
tendida la fé católica en aque-
llas apartadas rejiones, que se
consideraban muy dispuestas
á recibirla. Colon, como ya
hemos dicho, creía arribar
á las tierras del Gran Khan,